



Edici6n de Maspes y Cia

BOMBARDEO DE ZARAGOZA.

1808.

baban de poner á sus plantas las primeras potencias de Europa, y habian sido tenidos hasta entonces por invencibles.

Aprovechándose el capitán general de la especie de estupor y desaliento que parecia advertirse en las tropas enemigas que combatieron sobre el reducto, escarmentadas por la firmeza de las nuestras y la considerable pérdida que aquellas tuvieron, dispuso una salida con el fin de clavar algunas de sus baterías y destruir sus obras mas inmediatas. A media noche se emprendió esta arriesgada operacion, confiándola al valiente coronel de ingenieros Simonó, al teniente coronel Marin y otros gefes, quienes la dirigieron y completaron con el mejor suceso. Cuantos franceses habia en la primera, y aun en parte de la segunda paralela, todos fueron sacrificados. Se destruyó cuanto se encontró: se inutilizaron sus obras: se arrasaron sus dos principales baterías, y se clavó su artillería. La alarma y el espanto se difundió en el campo enemigo, que huia presuroso sin saber donde, en medio de las sombras de la noche. Todo su ejército se puso sobre las armas; y vuelto en sí, y sosegado del primer acceso de sorpresa y de terror, se dirigió en gruesas columnas hácia el parage de la escena; pero ya no halló á los causantes de los estragos que veian con susto y admiracion; pues habiendo llenado el objeto de su expedicion, se retiraron á la línea y al reducto, satisfechos del feliz éxito de tan arriesgada empresa, sin haber experimentado considerable pérdida.

El enemigo puso muy pronto corrientes las obras demolidas, y restableció sus baterías aumentándolas con algunas piezas, continuando los ataques contra el mismo reducto con igual furor en los dias sucesivos. No habia en él blindages, espaldones ni otro resguardo donde poderse cubrir la tropa, y sortear la multitud de bombas y granadas que diluviaban sobre el mismo. Dos pequeños paredones paralelos que se habian construido con aquel intento en su centro con sacos á tierra, estaban á medio hacer, y servian mas de incomodidad y de estorbo, que de refugio y abrigo.

El enemigo no perdía tiro: su voraz é incesante fuego hacia estragos horribles, y eran inmoladas impunemente centenares de víctimas, dignas por cierto de mejor suerte.

Obstinada la tropa y oficialidad en defender un punto que, por decirlo así, ya no existia, y que no ofrecia á la vista mas que un monton de ruinas y de cadáveres, siguió adelante por algunos dias tan heróico empeño; pero ya fué imposible absolutamente sostenerse por mas tiempo en aquel sitio desolado, cubierto de escombros, enteramente arrasado y circuido por las trincheras y obras enemigas, que solo distaban el espacio del foso intermedio, ya cegado. Sin embargo, fué preciso que el general en gefe repitiese sus órdenes para que se abandonase, y no se derramase inútilmente mas sangre. Los pocos oficiales y soldados que sobrevivieron á tan sangrienta escena, llenos de heridas y oprimidos de lasitud y de fatiga, dejaron por fin entre ocho y nueve de la noche del dia 15 aquel destrozado é indefenso suelo, en que la constancia y el heroismo habian combatido por tanto tiempo contra las soberbias aguerridas huestes del tirano, que á pesar de su escensiva superioridad nunca pudo rendirlo ni establecerse en él hasta su total abandono, verificado con el mayor orden, volando al mismo tiempo el puente de la Huerva en que se apoyaba la gola ó entrada del reducto.

Defensa prodigiosa y para siempre memorable, concluye el mencionado escritor, que la posteridad recordará como uno de aquellos hechos portentosos de que los anales militares suministran tan pocos ejemplares, y en que brillaron á competencia con incomparable animosidad el valor mas osado y resuelto de los valientes defensores, con la porfiada obstinacion del enemigo; quien por último nada mas consiguió que hacerse dueño de unas miserables ruinas empapadas en la preciosa sangre de tantos esforzados campeones..... (1)»

(1) MEMORIAS para la historia militar de la Guerra de la Revolucion española.—Madrid.—1817. Distinguiéronse en esta defensa el inteligente y bravo D. Domingo La-Ripa, comandante del re-



ABANDONO DEL REDUCTO DEL PILAR.

Dueño el enemigo del reducto del Pilar, vadeó desde luego el rio Huerva, penetrando hasta cerca de la torre del Pino, desde la cual y desde el parapeto que corria á las ruinas de Santa Engracia se les hizo un fuego vivísimo, volando despues los defensores las fogatas y hornillos del paseo, á tiempo que los franceses estaban en él, pereciendo en la esplosion varios de estos. Su pérdida, con inclusion de la que tuvieron por los esfuerzos de la torre del Pino, de la de Martinez y de la fusileria del parapeto, se graduó en mas de 3,000 hombres, si hemos de dar crédito al precitado coronel Marin.

Con la toma del reducto espresado y la del fuerte de San José, quedaron los zaragozanos reducidos al estrecho recinto de sus tapias á la orilla derecho del Ebro, siendo la circunvalacion en la izquierda no menos afflictiva y estrecha, por haber Gazan inundado toda la gran llanura que media entre el arrabal y los molinos. Perdidos estos por los defensores, vióse la ciudad precisada á habilitar algunas tahonas para procurarse algun pan; mas no bastando aquellas á moler sino una corta cantidad de granos, comenzóse bien pronto á experimentar la privacion de tan indispensable articulo, siguiendo luego el hambre con todos sus horrores y con la epidemia detras, efecto necesario de los malos alimentos y del hacinamiento de las familias en los sótanos, faltos de ventilacion y demasiado estrechos y mezquinos para contener tanta gente. Mas no por eso decaía el ánimo de los mas que esforzados defensores. Palafox recorria los puntos, y su presencia y sus exhortaciones redoblaban en las tropas el brio que era ya sobrehumano por si. En medio del horrible bombardeo resonaban á veces las campanas en señal de fiesta y pla-

ducto; el no menos entendido y valiente oficial de ingenieros D. Marcos Simonó; el comandante de la bateria D. Francisco Betzebé; el capitan de zapadores D. Quintin Velasco; el de Voluntarios de Aragon D. Mariano Galiano; el del mismo cuerpo D. Mariano Marquez; el subteniente de artilleria D. José Arnedo; el capitan D. Vicente Serrano, y otros inteligentes oficiales, entre ellos el mismo que tan modestamente habla de si en las espresadas *Memorias*, entonces comandante de Canfranc, y despues coronel, D. Fernando Garcia Marin.

cer. El heroico caudillo habia dicho á los zaragozanos que esperaba numerosos refuerzos; y si bien sabia él lo aventurado de tan lisonjera promesa, y aun cuando le constaba la imposibilidad casi absoluta de penetrar aquellos en la plaza, dado que consiguieran reunirse, cumplia sin embargo el gran deber que la patria le habia encomendado, alentando sin cesar á los suyos con gratas y piadosas ficciones. Unas veces hacia publicar que Reding, vencedor de Saint-Cyr, venia desde Cataluña á marchas dobles á caer sobre el sitiador y hacer levantar el asedio con que era Zaragoza aflijida; otras veces decia que el marques de Lazan habia penetrado por el valle de Aran en el territorio francés; y otras, en fin, que la Romana y Blake habian destrozado el ejército que el emperador mandaba en jefe, cortándole la retirada con pérdida de 20,000 hombres, incluso los mariscales Ney y Berthier, etc., etc. Con esto entretenia la esperanza de aquellos esforzados campeones: despues, cuando viniera el desengaño, la desesperacion, mas fuerte que ella, haria por si sola lo demas.

El enemigo el dia 17 rompió desde San José un fuego vivísimo contra las tapias de la ciudad que tenia enfrente, consiguiendo desmontar tres de nuestras piezas y reducir las otras al silencio; mas no por eso se determinó á asaltar la ciudad todavia. En los cuatro dias siguientes abrió un alojamiento á la zapa volante en la gola del puente, y dejó terminada la tercera paralela de la derecha, cuya estremidad derecha se estendia á 40 toesas del Ebro, y el izquierdo hasta el recodo del Huerva, frente á la puerta de Santa Engracia, comunicando por esta parte con la paralela de ataque del centro, que estaba tambien concluida. Los generales de artilleria y de ingenieros fijaron definitivamente el emplazamiento de las contrabaterias y baterias de brecha, las cuales debian jugar sobre los puntos de ataque de la plaza. De este modo añadieron los franceses á las que tenian ocho baterias mas, destinando 50 bocas de fuego para los ataques del centro y de la derecha.

Los defensores pusieron en ejecucion otras nuevas y temerarias salidas á fin de paralizar ó destruir las obras del sitiador, mereciendo entre ellas particular mencion la del 21 de enero. Un centenar de bravos dirigidos por D. Mariano Galindo y sostenidos por una fuerte reserva, se alanzó dicho dia de la plaza, atravesando con increíble audacia la segunda paralela, y llegando hasta la primera, donde intentó clavar los morteros de la bateria número 6, que jugaba contra Santa Engracia. Aterrados los franceses con la sorpresa de su primera guardia, estendióse la alarma por su campo; pero vueltos en sí del pavor, enviaron su reserva al momento sobre el punto que estaba amenazado. Los de Galindo fueron rechazados cuando estaban dando principio á su desesperada operacion; y como no podian retirarse sin atravesar nuevamente la segunda paralela, cuya guardia se habia rehecho, quedaron prisioneros unos 50 con el comandante y dos oficiales, siendo el resto pasado á cuchillo. Los sitiados hicieron todavia nuevas y valerosas tentativas en la orilla izquierda del Ebro, subiendo rio arriba con dos lanchas cañoneras con el fin de situarlas de modo que enfilasen la paralela del castillo; pero el fuego de las baterias enemigas, colocadas á la izquierda de dicha paralela, obligó á los nuestros á desistir de su empresa, retirándose con sus lanchas. Palafox en estas salidas hacia echar en las trincheras de la orilla derecha, y en los puestos avanzados de la izquierda, alocuciones escritas en seis lenguas, francesa, latina, italiana, alemana, española y vascogada, invitando á los franceses á desertar y á reunirse bajo las banderas de la independencia española. Uno de nuestros sacerdotes, vestido con sus hábitos clericales, llevó un dia su audacia al extremo de adelantarse desde el arrabal, con un crucifijo en la mano, hácia uno de los puestos avanzados de la division de Gazan. Llegado á cincuenta pasos de la tropa francesa, paróse con asombro de esta en medio del camino, y allí comenzo á predicar, manifestando á los enemigos la mala causa que defendian, y conjurándoles en nombre de Dios y de su Vicario en la tierra dejasen el partido del error, para seguir con él la senda de la virtud y del paraiso. Los centinelas, que no comprendian la lengua española, volviendo del asombro que les causaba una temeridad como aquella, dispararon por toda respuesta sus fusiles al aire (al

decir de los mismos franceses), y el predicador, visto esto, les volvió la espalda y se fué, metiéndose en el arrabal. Los autores que refieren el tal hecho (1) dicen que se debe creer el ningún fruto de estas exhortaciones. Nosotros diremos también que las del enemigo en sentido contrario no lo produjeron tampoco, y añadiremos con el coronel Marin, «que no se sabe que ninguno de los nuestros cometiese la traidora bastardía de desertar y pasarse á los franceses, á pesar de sus inaguantables privaciones y apuros, y de sus imponderables fatigas y trabajos; ni que jamás se les oyesse la menor queja, ni espresion alguna que indicase disgusto ni descontento, y menos lamentarse de su crítica y fatal situacion. Inmutables y serenos en medio de los horribles destrozos de una ciudad asolada por la explosion de 40,000 bombas y granadas y 200,000 balas de cañon, cumplian sin chistar con sus deberes, obedecian con puntualidad, y se sacrificaban con inimitable valor y sangre fria en sus puestos, corriendo presurosos á la defensa de los puntos atacados por el enemigo. ¡Intrepidez admirable! ¡Firmeza heroica y sin ejemplo, de que no se halla comparacion en la historia, y de que no puede darse una idea bastante exacta por falta de voces para describirla!»

La segunda mitad del mes de enero fué afanosa para los franceses, no solo por las pérdidas que experimentaban delante de Zaragoza, sino por el temor que los sobrecojia de que pudieran de un momento á otro venir á caer sobre ellos las fuerzas de Perena, Gayan, Turmo y otros gefes, los cuales procuraban levantar el pais y organizar el paisanaje contra los sitiadores. El temor de estos era no obstante visiblemente exagerado, no habiéndose nunca aproximado á la capital los ejércitos españoles de que habla el baron Rogniat, porque ni existian tales ejércitos, ni en las relaciones francesas que hablan respecto al asunto se ve al afirmarlo otro objeto que ensalzar el valor de los imperiales, recargando sus peligros de hipérboles que la historia no puede admitir. Los ya mencionados autores de la obra titulada *Victoires, Conquêtes, Désastres, Revers et guerres civiles des francais*, aseguran (2) que por aquella época estaba sobre las armas todo el Aragon; que habia numerosas reuniones de gente de guerra por todas partes, las cuales aco- saban por la espalda en todos los puntos de la linea al ejército sitiador; y que ademas de las fuerzas que los molestaban y aflijian por la parte de la Muela, Epila, Soria, Tarazona y desfiladeros de Navarra, teníamos un ejército no menos que de 20,000 hombres, mandado por Lazan y Palafox á la orilla izquierda del Ebro, los cuales ocupaban todo el pais entre Villafranca, Lecinena y Zuero, y enviaban partidas sobre Caparrosos para interceptar los convoyes y cercar la division de Gazan, la cual, añaden, se vió bien pronto como sitiada en su mismo campo. Estas exajeradas aserciones, cuya tendencia se echa bien de ver, han fascinado á varios autores nuestros, contándose entre ellos el cronista D. Agustin Alcaide Ibieca, quien en su *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleon*, no vacila en convenir en el fondo de tan gratuitas suposiciones, asegurando que los franceses no tenian apenas la gente necesaria para sostener el sitio. El conde de Toreno es mas cauto, pues si bien reduce el número de las fuerzas sitiadoras á solos 55,000 hombres, ademas de seis compañías de artilleria, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron, siendo asi que las fuerzas francesas fueron superiores con mucho á las que en este segundo sitio les atribuye tan ilustrado y digno historiador (3); si bien, repetimos, en esto se ha de-

(1) *Victoires, conquêtes, désastres, revers et guerres civiles de francais de 1793 á 1815, par une société de militaires et de gens de lettres*, vol. XXIII, pag. 274.—Paris, 1820.

(2) Refiriéndose al mismo Rogniat.

(3) Sobre el número de fuerzas que cercaron á Zaragoza en su segundo asedio, y sobre lo demas que aqui se menciona, pueden verse las ya citadas *Memorias para la Historia militar de la Guerra de la Revolucion española* por el coronel D. Fernando Garcia Marin, no menos que su *Fe de erratas y correcciones á la Historia de Alcaide*, que tambien citamos arriba.

jado Toreno seducir por lo que dicen, solo por decirlo, los historiadores franceses, no por eso conviene en lo demas que en cuanto á los ejércitos auxiliares de Zaragoza aseveran tan gratuitamente. Hubo, sí, diversas partidas levantadas en varios puntos; pero incapaces todas, por su organizacion, de reducir los franceses á la crítica situacion que ellos nos pintan. Toreno al hablar de este asunto lo hace con toda la imparcialidad que se puede exigir de la historia.

«No solo, dice, padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas (*no ejércitos*); y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar viveres al general Wathier con 600 caballos y 1,200 infantes. En su ruta fué este molestado por los paisanos y *algunos soldados sueltos*, en términos que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marques de Lazan y D. Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; *voces entonces falsas*, pues Lazan estaba lejos, en Cataluña, y su hermano D. Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué á este lícito condescender con lo que pedia. *Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que D. Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Lecina y Zuera, recorria la comarca.*

POR ESCASAS QUE FUESEN SEMEJANTES FUERZAS, instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, acudió este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrían á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan, que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, *que los franceses creian ser Don Francisco Palafox*. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra señora de Magallon. Gente la suya *nueva y allegadiza*, ahuyentáronla facilmente los franceses de las cercanias de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio *sin molestia ni diversion de afuera* (1).»

Tenemos, pues, que los formidables ejércitos de que hablan los autores franceses se redujeron pura y simplemente á la partida derrotada en Alcañiz, despues de haberlo sido entre Belchite é Hizar, y al cuerpo de 4,000 hombres (que el coronel Marin reduce á la mitad) mandados por D. Felipe Perena.

Con la llegada del mariscal Lannes activáronse estraordinariamente las operaciones del sitio; y con esto y con las derrotas de que acabamos de hacer mencion, creyó el gefe francés que falta la ciudad de todo auxilio aprovecharia en sazón la ocasion oportuna de rendirse, antes que exasperado el enemigo con la prolongacion de la resistencia, fuesen menos propicias para ella las condiciones de la capitulacion. El dia 24 de enero á las once de la mañana llegó un parlamentario con un pliego á la presencia de Palafox. La intimacion del general francés retrataba con colores vivisimos, aunque algo recárgados, como era natural, la triste situacion de la Peninsula en aquellos dias, merced á la derrota del ejército inglés en la Coruña y á nuestro desastre de Uclés; unida á lo cual la desgracia que acababa de experimentar Perena, daba todo apariencias de razon á las

(1) TORENO, *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, libro VII.

pretensiones de Lannes, reducidas á exigir la rendicion de la plaza antes de reducir la él á cenizas. *Si á pesar de esta esposicion, concluia el mariscal, hablando con el caudillo aragonés, persiste V. en defender la plaza, seria muy reprehensible. Considere V. con reflexion que sus cien mil habitantes serian victimas de una obstinacion imprudente.*

La respuesta de Palafox fué llena de energía y dignidad, y tardó muy poco en ser dada. *Señor general, contestó: el árbitro de los 100,000 habitantes que encierra esta ciudad, no lo es el mariscal Lannes. S. E. se cubriría de gloria si se apodera-se de ella cuerpo á cuerpo y con la espada, y no con bombas y granadas que solo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que sigue la Francia, y España la enseñará á batirse con honor. Esta ciudad sabrá cubrirse de gloria sobre sus propias ruinas; mas el general de Aragon, ni conoce el temor, ni se rinde.*

Vivamente herido en su orgullo el mariscal Lannes con tan enérgica contestacion, respondió por su parte con una actividad inusitada en las operaciones para proceder al asalto, actividad no distraida ya por los enemigos de afuera, puesto que nuestros cuerpos auxiliares huian, como hemos visto, en la mas completa derrota. Terminados tres puentes sobre el Huerva con espaldones de gabiones y faginas, y habiendo practicado una bajada á dicho rio en la parte del centro, construyeron los franceses tambien dos plazas de armas á la izquierda de aquel, á fin de tener en ellas un punto de reunion para las tropas que debian dar el asalto. Al mismo tiempo procedió el mariscal sitiador á comenzar la guerra subterránea, guerra que, bien mirada, fué su mengua, empleando en las galerias de minas y diferentes obras de zapa mas de 5,000 minadores, zapadores y peones, que trabajaban sin parar un punto. Preparado asi todo, rompió el 26 por la mañana desde las baterias enemigas, todas concluidas y armadas, un fuego espantoso y vivísimo, señalándose en particular las que jugaban contra los dos principales puntos de ataque, que eran la derecha (1) y el centro. Mas de cincuenta bocas de fuego, algunas de ellas de dimensiones extraordinarias, sembraban la desolacion y el horror en aquellos débiles puntos, reduciendo bien pronto al silencio una parte de nuestra artillería. Durante la noche, en el ataque de la derecha, consiguieron los franceses establecerse en el molino de aceite, llamado de Goicoechea, molino situado casi al pié de la tapia que mas abajo de San José circuia á la ciudad; y allí abrieron una comunicacion á la zapa volante. En el siguiente dia 27 continuó el fuego con el mismo vigor, y viendo que eran practicables tres de las cuatro brechas abiertas en el débil recinto, dispusieron las falanges francesas á verificar el asalto. Dichas brechas eran dos á la derecha, una de ellas frente á San José y otra al lado del molino, ocupado por los franceses la vispera. La no practicable, en la derecha del ataque tambien, estaba en el convento de San Agustin. La mas terrible de todas se ostentaba abierta en el centro: el convento de Santa Engracia estaba reducido casi á cenizas en aquel interesantísimo punto.

Dada la órden del asalto, que fué resuelto contra las dos brechas de la derecha y contra la de Santa Engracia, púsose en el momento sobre las armas todo el ejército sitiador. Una columna reunida en el molino, de que arriba se ha hablado, salva rápidamente el intervalo que la separa de la brecha, y á pesar de la explosion de dos hornillos de mina que el sitiado hace reventar en aquellos criticos instantes, consigue subir á la cresta. Allí se prepara á bajar para precipitarse en el recinto; pero un retrincheramiento interior con dos piezas de artillería convierte su osadía en terror. Entonces avanzan con el fin de vencer este obstáculo los granaderos y zapadores; pero un fuego nutrido de metralla, de fusilería y granadas, roto acertadamente por los nuestros desde el retrincheramiento y casas vecinas, les obliga á retroceder. La columna con esto se limita á coronar la cresta de

(1) Derecha del enemigo.

la brecha por medio de un alojamiento ejecutado con dificultad bajo aquel mortífero fuego, perdiendo muchos valientes, hasta que al fin consigue habilitar el camino cubierto, recientemente volado con la doble explosión de nuestros hornillos.

Menos desgraciados los franceses en el asalto de la otra brecha frente al convento de San José, aprovechan la circunstancia de estar al principio ocupada la atención de los defensores en la defensa de la primera; y avanzando una columna enemiga, se precipita al ancho boqueron y consigue arribar á la cima. Los zapadores y los *volligeurs* se posesionan de una de las casas situadas enfrente, tras lo cual se derraman á derecha é izquierda ocupando otros edificios; pero llegando á una poterna que les ofrece nueva entrada en la plaza, se ven de pronto imposibilitados de continuar adelante por la parte de la derecha. Una batería española los detiene allí á pesar suyo, y en la izquierda no pueden pasar de la primera calle transversal. Lannes entretanto dispone que se dirijan cuatro compañías á ocupar la casa aislada de Gonzalez; y hácenlo así en efecto hasta dos veces, siendo lanzadas de ella otras dos, costándoles la osada tentativa mas de cincuenta cadáveres, entre ellos Reggio, capitán de ingenieros, que dirigia el ataque.

Donde la fortuna hizo mas en obsequio de las huestes francesas fué en la arremetida del centro. Debilísimos nosotros allí por una consecuencia precisa de la demolición del convento, hecho trizas por el fuego enemigo, fué fácil á los sitiadores ocupar la brecha y tomar posesión de sus ruinas, no menos que del convento de las Descalzas que se hallaba inmediato. Enfilada desde este edificio la cortina que desde Santa Engracia se estiende á la Torre del Pino, vuelan los nuestros, aunque inútilmente, seis fogatas que tiene preparadas delante de esa misma cortina, y se retiran á continuación, quedando al poco tiempo abandonada toda la parte de la tapia que corre hasta la puerta del Carmen. Y es que ocurre á todos la idea de que esta puerta puede ser tomada por el frente y la espalda á la vez, corriéndose hasta ella por el interior los de Santa Engracia y Descalzas. En tan crítica situación, fuerza es volver el pié atrás. El enemigo, sin embargo, no es afortunado en tomar la dicha puerta del Carmen. Al intentar hacerlo por fuera es detenido á pesar suyo por la batería española que enfila la calle del mismo nombre; y por dentro no se atreve á intentar golpe alguno de mano por allí. El sitiador entonces se dirige al convento de Trinitarios, estramuros de la población en el campo llamado del Sepulcro, y se apodera de él en poco tiempo, tomándonos la artillería; pero luego se rehacen los nuestros, y están ya casi á punto de reconquistar el convento de que han sido lanzados, cuando llegando el general Morlot al socorro de su gente apurada, impide con su auxilio oportuno el éxito feliz de nuestra empresa. La toma de este punto fué á costa de torrentes de sangre francesa, siendo el total de la pérdida sufrida por los imperiales doble por la parte mas corta á la que tuvimos nosotros, es decir, 800 cadáveres y proporcional número de heridos. Caro precio en verdad para el éxito, reducido á ocupar algunas casas frente al convento de San José, los conventos de Santa Engracia y Descalzas en el centro del ataque, y el de Trinitarios afuera.

Todos estos movimientos, dice Rogniat, citado por Alcaide, nos costaron muchos valientes por la estéril gloria de arrojar al enemigo de algunos puntos de la muralla que se veía comprometido á abandonar sin resistencia, por la posición que ocupábamos en Santa Engracia, y principalmente en las Descalzas. Habiéndonos apoderado del convento de Trinitarios, resolvimos mantenernos en él y sostener por este punto la izquierda de los ataques. El general Lacoste mandó se abandonase el ataque aparente del castillo, que hacian supérfluo los progresos de los otros dos, y los oficiales de ingenieros de aquel tuvieron orden de fortificar á Trinitarios, de cerrar con sacos á tierra sus muchas aberturas por la parte de la ciudad, de aspillerarlo, y particularmente de hacer una comunicación, porque era casi imposible llegar á él á descubierto, por el fuego muy próximo de las casas de la ciudad. Se estableció además una comunicación para un puesto de 200 hombres que se colocó en la casa del ángulo (torre del Pino), cerca del puente del Huerva: la ocu-